

IX

La marquesa de Tellería.

Los marqueses de Tellería vivían en el principal de su casa. Leon Roch, atento á que entre la vivienda de sus suegros y la suya hubiese la mayor extension posible de superficie terráquea, habia alquilado una hermosa casa en lo más apartado de la zona del Este. Allí le encontraremos dos años despues de su boda.

—Buenos dias, Leon... ¿Estás sólo? ¿Y Marriquilla?... ¡Ah! estará en misa: yo pensaba ir tambien; pero ya es tarde... Alcanzaré la de once en San Prudencio... ¿Qué tienes?... estás pálido. ¿Habeis reñido?... Pero me sentaré... Dime ¿cuánto te han costado esas estátuas? Son hermosísimas. Tienes una linda coleccion de bronces... Pero dime, ¿todavía vas á meter más libros en este despacho? Esto es

la biblioteca de Alejandría. ¡Oh! ¡no es como tú toda la juventud de estos tiempos!... ¡Qué chicos los de hoy! Yo no sé qué será del mundo cuando lleguen á la edad madura esa multitud de jóvenes viciosos, ociosos y enfermos que hoy son el adorno principal de esta sociedad... Pues todavía hay un mal mucho peor. Pase que los muchachos sean casquivanos y sin sustancia... pero los viejos son más viciosos, más frívolos, más disipadores, más holgazanes que los chicos... He llegado al asunto delicadísimo de que quiero hablarte, querido hijo. Siéntate y atiéndeme un poco.

La marquesa azotó con su hermosa mano el brazo de la butaca más próxima, y sentado en ella Leon, dispúsose á oír á su madre política. Era ésta una dama de gentil porte, bruscamente desmejorada despues de una larguísima juventud, por repentinas dolencias que se habian presentado cual acreedores tanto más implacables cuanto más rezagados. Y sin embargo, aún la hermosura de la dama prevalecia resplandeciendo débilmente en su cara, y descendía hácia el horizonte entre las caliginosas brumas de un blanquete, no siempre aplicado con comedimiento y habilidad. Aquella puesta de sol no era de las más espléndidas. Su cuerpo airoso, y an-

taño lleno de majestad, se inclinaba ya como presintiendo su bajada á las frias honduras del sepulcro, si bien el férreo costillaje del corsé mantenía en aparente estado de firmeza y redondez aquella desplomada arquitectura. Sus ojos, negros y hermosos, eran lo ménos muerto de aquel conjunto moribundo, y á veces se abrillantaban con gracia y embeleso semejando á un rasgo de inspiración en medio de la oda académica llena de imágenes arcáicas y manoseadas. Su cabello, que del negro andaluz había pasado al rubio veneciano en otros días, pasaba ora del rubio veneciano á un plateado indeciso y pulverulento.

Su tez áspera ya y sin lisura desaparecía bajo una especie de vello artificial en que se confundían sutiles alquinnias olorosas, dispuestas para engañar al espectador, bien así como en los teatros el pintado lienzo imita la verdura de los bosques y áun la diafanidad y pureza del cielo. Pero aquel efecto, conseguido hasta cierto punto en las acecinadas mejillas de la señora en decadencia, se perdía á veces, porque la comprada blancura del jalbegue hacia que amarilleasen un poco los dientes, todavía enteros, hermosos, iguales. Su sonrisa, llena de gracia y desden, mostraba á cada rato, por un hábito antiguo

que bien pronto habría de modificarse, si aquel lindo teclado doble comenzaba á desorganizarse como un ejército que cree haber peleado bastante.

Vestia gallardamente y con elegancia. Su habla era abundante, con pretensiones, no siempre inútiles, de añadir tal cual frase ingeniosa al aluvión de palabras insustanciales que forma el fondo de la conversacion corriente entre personas sin médula.

—Ya escucho, señora,—dijo Leon.

—No me gustan rodeos,—dijo la marquesa.—Ademas María te habrá hablado de esto. Tu padre político es un perdido.

—Creo que es un poco exagerado lo que usted dice. El marqués gusta de divertirse... es gusto muy general entre las personas que no tienen nada que hacer.

—No, no, no le defiendas. La conducta de Agustin es indefendible.. ¡Á su edad!... Lo extraño es que en sus mejores tiempos ha sido un hombre recogido, prudente, callado y metido en casa. Créelo, me repugna ver al marqués hecho un viejo verde. Y no es otra cosa; aquí le tienes pintado en dos palabras: un viejo verde. Hace dos años, casi desde que te casaste con mi hija, mi querido esposo empezó á frecuentar el *Círculo* de los muchachos; tropezó con algunos mozalvetes que le

enloquecieron, cambió de lenguaje, de modo de vestir, trasnochó, jugó... ¿Pero tú no notas que hasta parece rejuvenecido? No te has reído alguna vez, confíesalo con franqueza, al ver su empeño de parecer pollo. Le verás siempre en las cuadrillas de muchachuelos que mariposean por Madrid... De veras es para reír... Siempre está de flor en el ojal... Esta mañana le he dicho algunas verdades un poco duras. Yo no sé cómo se las compondrá él con su sastre, porque es un gasto de ropa que abrumba... Aquí en la confianza de la familia, se puede decir todo, Leon. Mi buen marido gasta lo que no tiene ni puede tener en toda su vida. Nunca fué ordenado, pero tampoco disipador; jamás escribió un número en un pedazo de papel, pero tampoco se dejó arrastrar por el afán de un lujo imposible... ¿Y quién es la víctima de esto? Yo, yo que habiéndome sacrificado siempre, debo sacrificarme también ahora, cuando mi salud está quebrantada y necesito sosiego, descanso, paz. ¡Ay! ¡cuanto envidia á la que reina en esta casa! ¡Con cuánto gusto aceptaría un rincón en ella, aunque fuera el más humilde!... Es un tormento mi vida. Agustín gasta lo que no tiene; Gustavo es formal y bueno, pero muy poco apegado á sus padres; Leopoldo no es ni será nunca nada, por su ineptitud

y esos hábitos de ociosidad y disipación adquiridos á pesar de mis esfuerzos para evitarlo. Y gracias que el Señor, al paso que me da tales pruebas de sus rigores, me da por otro lado pruebas clarísimas de su misericordia... ¡Qué orgullo tan grande para una madre tener dos hijas como Luis Gonzaga y María, aquél tan profundamente apegado á su carrera eclesiástica que será, según me dicen los Padres, una lumbrera de la religión, un santo, un verdadero santo; ésta casada contigo, feliz contigo, ofreciendo contigo un modelo de matrimonios pacíficos y en completa armonía. ¡Qué lástima que no tengais hijos!

Al llegar aquí la marquesa, dejándose llevar de su sentimiento, dió libertad á algunas lágrimas que no llegaron á rodar por sus mejillas: tan prontamente las atajó secándolas con su pañuelo. Después siguió exponiendo las penas que afligian su corazón de esposa y de madre. Según dijo, ella había padecido mucho por el carácter ligero del marqués y la condición discolá ó superficial de Gustavo y Leopoldo; había consumido su juventud y lo mejor de su vida en esfuerzos heroicos para evitar el hundimiento de la casa de Tellería, había sacrificado para este fin importantísimo parte de su dote, que no era un grano de anís; pero reservaba lo mejor, sí, y lo reser-

varia aunque los chicoleos juveniles del marqués y los extravíos de sus hijos llegasen al último extremo. Ella no podía exponerse á una vejez de estrechura y miseria, ni á vivir de la limosna de su hija, casada con un hombre rico: sus hábitos, sus principios, su dignidad, no le permitian sacrificar tampoco lo mejor de su dote al hombre imprudente que habia esparcido por las mesas verdes de los casinos y por los cuartos de las bailarinas el patrimonio de Tellería... Y si ella lo dijese todo, si ella revelase lo más negro...

—Sí, lo revelaré... á tí se te puede decir todo,—añadió mirando á su yerno con cierto arrobo.—Eres mi hijo, eres el esposo de mi hija. No sólo tienes el deber sino el derecho de conocer las debilidades de tus padres... Me han dicho que el marqués está enredado con... la habrás visto, habrás oído hablar de ella... esa que llaman *la Paca ó la Paquirá*... no vale nada, pero es graciosa y elegante. Le comió al duque de Florunda lo poco que le quedaba... Figúrate tú ese mamarracho de Agustín, que está con un pié en el sepulcro... Esto más que ira da compasión, ¿no es verdad?

Leon meditaba.

—¿En qué piensas, hijo?

—En que la virtud^o cardinal del matrimonio es la paciencia.

—Eso quiere decir que sufra y aguante... Pero si mi vida ha sido un martirio... Yo seguiría resistiendo si los despilfarros y las locuras de Agustín no me trajeran compromisos graves que tocan al buen nombre de nuestra casa. Estoy apuradísima... ¿qué crees? ¡Oh! Siento mucho decirte que no puedo darte los sesenta mil reales que me prestaste y que yo debía devolverte este mes como convenimos.

—No importa,—dijo Leon deseando cortar delicadamente aquel asunto.—No se ocupe usted de eso.

—Es que no sólo no puedo darte aquellos tres mil duros, sino que me hacen falta otros tres mil.

—Tampoco importa; los tendrá usted.

—¡Otros tres mil! Esto es horrible. ¡Cómo abuso de tu bondad!... Será la última vez, porque estoy decidida á montar la casa con un régimen muy estrecho... Yo te doy garantías con mi casa de Corrales de Arriba.

—No es preciso garantía... Repito...

—¡Gracias, gracias!... ¡Eres tan buen hijo!... ¡te quiero tanto!... ¡cómo te pagaré!...—dijo la marquesa visiblemente trastornada por una emoción verdadera.—No creas; también tú tienes que agradecerme. Me ocupo de tí, de tu bien, y algunas veces me apresuro á qui-

tar de en medio alguna nubecilla que pueda dar sombra á tu felicidad. Anoche reñí con tu mujer.

—¿Con María?

—Con María, sí; también ella tiene sus defectos, aunque de aquellos que, según dicen, no son otra cosa que exageración de las virtudes. Ya sabes que es muy religiosa, excesivamente religiosa. Hace tiempo comprendí que por este motivo de la religión habría en vuestro hogar algunos disgustillos.

Leon dió un suspiro.

—Algunos,—dijo,—pero no graves.

—Vamos, no vengas á quitar importancia á vuestras desazones,—dijo la marquesa contrariada de que Leon suavizase lo que á ella le convenia endurecer.—La pobre muchacha te quiere ciegamente; su amor está sobre todo: pero la atormenta mucho tu fama de ateo. Ya sabes que los pensamientos de mi hija son indóciles é indomesticables como las fieras del desierto.

Leon hizo con la cabeza un triste signo que indicaba una respuesta afirmativa más triste aún.

—Pase que no vea con gusto tu irreligiosidad... Eso es natural... Nos han enseñado una fé y en ella debemos vivir y morir. Pero que lllore y se desespere porque no vas todos

los días á la iglesia como ella, ni confiesas cada mes, ni gastas tu dinero en boberías... vamos esto es ridículo. ¡Cuánto le he predicado anoche!... ¿qué crees?... me enfadé, le reñí, golpeé en su cabeza dura como se golpea en un yunque, y al fin...

—¿Y al fin?...

—La convencí, sí, la convencí de que no se puede exigir á los hombres ciertas prácticas que si en nosotras están bien, en ellos serian ridiculas, ferozmente ridiculas. Buen trote llevan los hombres del día para que se les quiera meter en las iglesias. Yo digo una cosa: María empleando su tiempo en devociones y tú gastándolo en tus estudios podeis ser muy felices. ¿Á qué entrar en honduras? ¿Acaso tú le impides que rece todo lo que quiera? Los hombres de hoy tienen sus ideas y no es posible luchar con ellos. Nadie hay más religiosa que yo; pero no quiero meterme en cosas que no entiendo. Las mujeres no somos sabias: creemos y creemos y creemos. Un matrimonio que se desavenga por esto, me parece el colmo de la tontería... ¿Pero no sabes su pretension? Aspira nada ménos que á convertirte, á hacerte aborrecer tus ideas y adorar las suyas... Vamos, no pude tener la risa cuando le oí esto. ¿Sabes qué dice? Que su mayor gozo seria quemarte todos los libros

que tienes aquí... ¡Qué lástima! ¡unas encuadernaciones tan bonitas!... Buen cuidado me daría á mí de que mi esposo no me imitara á mí en mis devociones, con tal que me amase mucho y no amase á ninguna más que á mí... ¡Celos de los libros! jamás. Eso es cosa de mujeres tontas. No puedes figurarte con qué fuerza le hablé; le dije que tú eras el hombre mejor de la tierra ... ella convenia en esto pero... nunca le faltaban peros. Le dije que vales más que ella, infinitamente más que ella; que eso del ateísmo es un fantasma; que aunque se habla de ateos, no hay tales ateos; así como se hablaba ántes de las brujas á pesar de no existir tales brujas. Le dije que no pensara en esa sandez de convertirte y que lo mejor que podía hacer para tener paz perpetua, en su casa, era aflojar un poco en su monomanía, ¿no te parece?... Quizás le convenga mudar de confesor, ¿no te parece?... En esto debe imitarme. Yo soy muy religiosa; cumplo fielmente todos los preceptos; contribuyo al culto con lo que puedo; pero nada más. ¿No crees que mi hija debe imitarme?

Leon no contestó nada. Estaba taciturno y abstraído. Bruscamente echó de sí una idea lúgubre, como quien espanta un abejon que zumba, y mirando á la marquesa, le dijo:

—Hoy mandaré á usted los sesenta mil reales.

—¡Ah! ¿te ocupabas de eso?—repuso la marquesa, cuyo semblante parecia que con la irradiacion del gozo se ponía fosforescente.—Bueno, mándalo; te daré recibo... ¡Pero cómo me estoy aquí charla que charla! Con tu buena compañía me olvido de que tengo prisa, mucha prisa, muchísima. ¡Las once!... ¡Voy á perder la misa!...

Levantóse apresuradamente y dió la mano á su yerno.

—El padre Paoletti predica hoy... Adios... Corro á San Prudencio. ¿Qué quieres para tu mujer? Le diré que venga pronto á casa que estás muy solo. Abur, abur.